

Reescritura de la historia y ficción literaria: apuntes en torno a dos miradas desmitificadoras de Diego Portales, “fundador” de la República chilena

Por Gilda WALDMAN M.*

DURANTE LAS ÚLTIMAS DÉCADAS, y dentro de la amplia diversidad que ha caracterizado a la literatura latinoamericana contemporánea, la proliferación de la novela histórica constituye uno de sus rasgos más interesantes.¹ Sin duda, el resurgimiento de este género puede ubicarse en la confluencia entre realidad y ficción, característica esencial de algunas de las más importantes propuestas narrativas recientes, lo cual se manifiesta, por ejemplo, en la inclusión de personajes reales, recuerdos, crónicas o reportajes en el texto literario.²

En esta línea, no es de sorprender la creciente disolución de las fronteras entre historia y literatura, a pesar de las conflictivas relaciones que han existido entre ambas desde que la historia, en su surgimiento como disciplina científica comprometida con “la verdad objetiva de los hechos”, desdeñó a la novela como creación imaginaria, no obstante que la investigación en archivos y el manejo de testimonios documentales era un recurso frecuente de los novelistas y de que el texto literario podía complementar el conocimiento del historiador sobre una determinada época. Ha sido sólo en fechas relativamente recientes que la convergencia entre el pasado histórico y el ficcional han podido darse, en la medida en que nuevas concepciones historiográficas no sólo reinterpretan de manera distinta la historia sino que también reconocen que los “hechos” históricos se construyen a través de una selección y jerarquización que otorga a la historiografía un matiz de ficción mediante una narratividad similar a la literaria. al tiempo que la literatura cuestiona que el pasado pueda ser recuperado tal cual pudo

* Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Universidad Nacional Autónoma de México. E. mail: <waldman99@yahoo.com>.

¹ María Cristina Pons, *Memorias del olvido: la novela histórica de fines del siglo xx*, México, Siglo XXI, 1996.

² Véase al respecto Javier Cercas, *Soldados de Salamina*, Barcelona, Tusquets, 2001

haber sucedido, porque siempre estará mediado, por la memoria, la traducción, la invención etcétera.³

Ciertamente, el desarrollo de la novela histórica en América Latina se inició desde principios del siglo XIX —según el último modelo europeo— y fue un género importante en la historia literaria del continente, actuando de manera sustancial en la configuración de los signos de identidad de las naciones latinoamericanas en formación.⁴ Sin embargo, lo que se ha denominado la “nueva” novela histórica o “la novela histórica de fin de siglo”,⁵ si bien hereda los elementos convencionales del género, responde a procesos intelectuales e históricos distintos, sin representar exactamente una línea de continuidad con la que se generó en periodos previos. Por una parte, se sustenta, en gran medida, en nuevas corrientes historiográficas que ocupan un lugar visible en universidades, centros de estudio, equipos de investigación etc., y que releen de manera diferente la historia latinoamericana.⁶ Esta reciente producción historiográfica —distinta a la clásica historia política, económica o social— ha realizado un profundo esfuerzo por revisar los paradigmas teóricos que dieron sustento a buena parte de la historiografía del siglo XX, a través de novedosas corrientes teóricas y metodológicas dirigidas a cuestionar radicalmente las verdades canonizadas y la solidez de los enunciados del discurso historiográfico tradicional, reconstruyendo la historia cultural de los sectores populares, rastreando la vida cotidiana (por ejemplo, a través de una calle, una casa o un barrio), desmitificando a personajes históricos fundacionales e incorporando temas y sujetos olvidados por la reflexión histórica tradicional por los silencios de la historia a la luz de problemas contemporáneos.⁷

En este sentido, es importante recalcar la notable aproximación entre las nuevas modalidades del análisis histórico contemporáneo y la nueva novela histórica de fin de siglo. Si las primeras han modificado su rostro y contenido adoptando nuevos modelos teóricos y conceptuales

³ Véase al respecto, por ejemplo, Peter Burke, ed., *New perspectives on historical writing*. The Pennsylvania State University Press, 1991; Hayden White, *Tropics of discourse essays in cultural criticism*, Baltimore. Johns Hopkins University Press 1978

⁴ Véase, por ejemplo, Fernando Ainsa, *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*. Madrid. Gredos. 1986

⁵ Pons, *Memorias del olvido* [n. 1].

⁶ Hilda Sabato. “La historia en fragmentos. Fragmentos de una historia”, *Punto de vista*, núm. 70 (agosto 2001).

⁷ Gabriel Salazar. “Memoria histórica y sociedad civil”, *Revista de crítica cultural* núm. 18 (junio 1999).

a fin de formular nuevas preguntas al pasado,⁸ las estructuras narrativas de la nueva novela histórica aprovechan el poder de la ficción para “desconstruir” la historia, transgredir el discurso histórico revelando sus silencios y carencias y proponer una visión alternativa del mismo repensándolo a la luz de los acontecimientos más recientes.⁹ En esta línea, la nueva novela histórica latinoamericana responde a uno de los imperativos más importantes que enfrenta América Latina en la actualidad: preguntarse, de nueva cuenta, sobre el verdadero rostro de su identidad —nacional y cultural— frente a desafíos tales como la globalización, la violación de los derechos humanos, la cuestión indígena, la multiculturalidad, la anomia social etc.,¹⁰ y en el caso particular de Chile, al desafío de pensar y desarrollar un proyecto de país, no sólo frente a los rápidos y profundos cambios que ha experimentado en los últimos años sino también frente a las herencias del proyecto militar que el regreso a una democracia incompleta no ha resuelto aún.¹¹

Ciertamente, el tema de la identidad nacional ha recorrido la vida social, cultural y política de América Latina, al menos desde los comienzos de su vida independiente.¹² Sin embargo, la desazón frente al fracaso de las esperanzas desarrollistas de los años cincuenta y sesenta, las crisis políticas de los setenta, el hundimiento de los proyectos sociales y los sistemas de gobierno populares, la derrota de las guerrillas urbanas, el resurgimiento de las dictaduras militares, la “década perdida de los ochenta”, ligadas con la crisis de los grandes relatos, la desconfianza en el progreso de la historia y la visibilidad de nuevos movimientos sociales etc., han obligado a volver el rostro al pasado para reinterpretar de nueva cuenta lo que hemos o no hemos sido y hubiéramos podido ser si los procesos fallidos del desarrollo social no hubiesen sido tales. A la luz de desafíos como la globalización, la creciente debilidad del Estado-nación, los desequilibrios financieros, el narcotráfico, la inestabilidad política, la violación de los derechos humanos y la escasa vigencia de los derechos económicos y sociales de gran parte de la población, la debilidad institucional democrática, el

⁸ Véase, por ejemplo, Carlos Alberto Montaner, *Las raíces torcidas de América Latina*, Plaza y Janés, 2000.

⁹ Pons, *Memorias del olvido* [n. 1].

¹⁰ Jorge Larraín, *Identity and modernity in Latin America*, Cambridge, Polity Press, 2000.

¹¹ Véase al respecto, por ejemplo, Manuel Antonio Garretón, “Balance y perspectivas de la democratización política chilena”, en Varios autores, *La caja de Pandora: el retorno de la transición chilena*, Santiago, Planeta, 1999.

¹² Larraín, *Identity and modernity in Latin America* [n. 10].

rompimiento de los lazos comunitarios, la segregación de la familia extensa, la discriminación de las minorías, el reurgir de los movimientos indígenas y los desafíos de la convivencia multicultural. América Latina convierte en pregunta problemática la reescritura de su Historia, y se pregunta sobre su verdadero rostro más allá de las fracturas y contradicciones de un discurso histórico oficial, insuficiente ya para legitimar un proyecto de nación y de identidad nacional apoyado en los principios de unidad política y homogeneidad. De igual modo, la crítica a los paradigmas y modelos intelectuales sustentados en los “grandes narrativas” apelaban a la necesidad de lanzar una nueva mirada a la historia a fin de reflexionar, de nueva cuenta, sobre las formas de reconstruir el pasado pero realzando ahora sus relieves, quiebres y discontinuidades.

En Chile, el tema de la identidad ya había aparecido como tema de discusión desde la década de los veinte (en la obra de una serie de intelectuales como Francisco Antonio Encina o Nicolás Palacios), pero no fue sino hasta los años ochenta que adquirió una relevancia particular, al calor de los grandes cambios sociohistóricos que recorrían al país y de los retos que implicaba pensar en un nuevo proyecto de nación.¹³ La reproblematicación de la historia se convirtió, entonces, en una necesidad imperiosa ante las transformaciones estructurales y culturales que modificaban radicalmente el rumbo de la vida social y formulaban nuevas interrogantes en torno a la identidad nacional. Pero, de manera más importante aun, el proceso de democratización planteaba un problema central: qué contenido darle a la democracia en un contexto en el que las herencias institucionales y morales de la dictadura militar seguían vigentes. En este sentido, pensar proyectos y expectativas políticas hacia el futuro suponía releer, de nueva cuenta, el pasado, y en esta línea, la reactivación sobre el debate de la historia ha constituido uno de los fenómenos más controvertidos en el proceso de transición. La apertura política abría los espacios para la coexistencia de interpretaciones y memorias contrapuestas, obligadas ahora a convivir dentro de las nuevas reglas del juego democrático.¹⁴

Sin duda, el trabajo historiográfico más reciente en Chile se ha apartado del trazado intelectual que estudiaba los macroprocesos, cuestionando a las narrativas canónicas oficiales ligadas al proceso de centralización política de la etapa de conformación de los Estados

¹³ Jorge Larraín. *Identidad chilena*, Santiago, LOM, 2001

¹⁴ Sobre esta problemática, véase por ejemplo, Elizabeth Jelín. *Los trabajos de la memoria*. Madrid, Siglo XXI, 2002.

nacionales. Así, las nuevas corrientes de interpretación del pasado han asumido un moderado relativismo cultural, negándose a representar la voz única de la Historia y definiéndose, más bien, como un conjunto de voces diversas y opuestas, sustentadas ahora en los principios de pluralidad y heterogeneidad. Esta novedosa modalidad del saber histórico se desplazaba, asimismo, hacia el estudio de sectores marginales (mujeres, pobladores, jóvenes) tomando en cuenta las redes y movimientos socioculturales en que se insertan colectivamente los actores, asumiendo la historicidad como un proceso abierto, reformulando el estatuto de verdad, revisando los métodos y objetos de la historia a través de nuevos enfoques y del uso de fuentes alternativas, y complementándose con el saber de otras disciplinas (como literatura, sociología, antropología o virajes de la economía, por ejemplo).¹⁵

Simultáneamente, una importante corriente narrativa, nutrida precisamente en las contribuciones de la historiografía, daba paso a la publicación de un vasto número de novelas históricas en las que, desde el cruce de la historia y ficción, se revisaban diversos episodios de la historia del país reconstruyendo las huellas perdidas de las voces que perturbaban la "línea única" de la historia oficial, privilegiando a las figuras históricas inadvertidas por el gran relato épico de la novela histórica tradicional e iluminando los espacios y personajes condenados al silencio en la "historia nacional". En esta línea, narradores de diversas generaciones literarias se abocaron a la tarea de reescribir la historia del país a la luz de la problemática contemporánea, desempolvando acertadamente los fragmentos de una identidad que se adentra y esconde en el pasado, explorando la fuerza y las debilidades de los símbolos tradicionalmente representativos de su identidad nacional, y desmitificando a los héroes nacionales y dando cuenta de la fractura de la memoria emblemática de la nación.¹⁶

Si bien la aparición de la nueva novela histórica ha tenido en Chile un alcance tan vasto que resulta difícil generalizar, podría sugerirse que uno de sus rasgos distintivos se refiere a su ubicación temporal en tres grandes momentos históricos fundacionales de la historia del país: la Conquista, el periodo colonial y la Independencia. La elección de este último momento no es casual. La intensa exploración de la historia

¹⁵ Salazar, "Memoria histórica y sociedad civil" [n. 7]; Julio Pinto, "La memoria como creación o división de identidad", *Revista de crítica cultural*, núm. 18 (junio 1999).

¹⁶ Véase al respecto, Jorge Guzmán, *¡Ay mamá Inés! (Crónica testimonial)*, Santiago, Andrés Bello, 1993; Gustavo Frías, *Tres nombres para Catalina La Catrala*, Santiago, Alfaguara, 2001; Juanita Gallardo, *Déjame que te cuente*, Santiago, Planeta, 1999; Virginia Vidal, *Javiera Carrera, madre de la patria*, Santiago, Sudamericana, 2000

generada a partir del proceso de transición planteó un problema central: ¿cómo procesar el pasado represivo reciente?¹⁷ El tema del pasado dictatorial se volvió, así, parte ineludible en el debate público en tomo a la tarea de forjar una sociedad democrática. La memoria de los acontecimientos recientes se vinculaba con las interrogantes en tomo a la construcción del proyecto de nación, y recurrir a sucesos y personajes del pasado constituía un eje clave de comprensión del presente. De esta forma, por ejemplo, más allá de la violencia con que se instauró en Chile un nuevo orden político en 1973, el hecho que ocurriera un golpe de Estado y que el poder se personalizara en la figura del general Augusto Pinochet —que terminó con el poder inicialmente rotativo de la junta— poseía cierta afinidad con acontecimientos que, en el imaginario nacional, se pensaban propios del siglo XIX. El militarismo, la represión, el autoritarismo y la personalización del poder remitían a una faceta clave de la historia chilena en el siglo XIX: el ascenso de Diego Portales mediante un golpe de Estado en 1829 —era de consolidación de la república— para transformarse en el hombre fuerte del gobierno.

Ciertamente, en los procesos de formación del Estado nacional latinoamericano, una de las más importantes operaciones simbólicas ha sido la elaboración del “gran relato” de la nación, es decir, una versión de la historia que junto con los símbolos patrios y la exaltación de los héroes, fungiera como núcleo central de identificación de la identidad nacional. De este modo, el cincel grueso de la historia creó una imagen sobrehumana de los héroes, tendiente a inmortalizarlos sin claroscuros o matices. Dicha imagen —canónica y congelada— sin duda permite su rápida identificación, reafirmando al mismo tiempo ciertos principios sobre la existencia de “una” sola historia posible. Si en la guerra de Independencia muchos héroes fueron elevados a alturas desmedidas a partir de sus acciones en el campo de batalla como encarnación perfecta de virtudes especialmente valiosas (genio militar, virilidad, coraje para jugarse la vida en aras de la fe republicana, anhelo de patria etc.), otros no sólo fueron ensalzados posteriormente, sino también construidos durante décadas con rigurosa minuciosidad como representación política de los valores que configurarían un sentido de nación. El ejemplo de Diego Portales es, en el caso chileno, el más representativo: ningún hombre público ha llamado más la atención, y a nadie como a él se ha elogiado sin discusiones sobre su mérito. Figura

¹⁷ Véase al respecto, Nelly Richard, *Residuos y metáforas (Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la Transición)*, Santiago, Cuarto Propio, 1998; Nelly Richard, ed., *Políticas y estéticas de la memoria*, Santiago, Cuarto Propio, 2000.

siempre presente en la historia chilena, el “*corpus* historiográfico” en tomo suyo es abundante y diverso, incluso hasta la actualidad.¹⁸

Sin embargo, a pesar de que desde distintas perspectivas ideológicas o políticas se ha interpretado el accionar público y la compleja personalidad de Portales, a lo largo de dos siglos la historiografía chilena tendió a consolidar a este personaje en el imaginario histórico nacional como el “forjador” del Estado chileno moderno.

Nació en 1793 en el seno de una familia vinculada a la aristocracia colonial, ligado desde muy joven a la actividad comercial, administrador (fallido) del estanco (monopolio del tabaco, naipes, té y licores extranjeros) y dedicado asimismo a actividades mineras y agrícolas, Diego Portales fue el “hombre fuerte” del gobierno surgido después del quiebre gubernamental ocurrido en 1829, ocupando los ministerios del Interior, Relaciones Exteriores y Guerra entre 1830 y 1833, y siendo ministro con plenos poderes entre 1835 y 1837, año de su asesinato. Desde su enorme influencia en los diferentes cargos ministeriales que ejerció, Portales tuvo un papel significativo en la redacción de la Constitución de 1833, de carácter autoritario y presidencialista, misma que rigió los destinos del país hasta 1925. El sistema portaliano estableció un régimen en que la división de poderes era prácticamente un eufemismo, puesto que el presidente podía intervenir en las decisiones del Parlamento y en las del Poder Judicial, además de tener amplias libertades para declarar estados de excepción y aumentar sus facultades si lo consideraba pertinente. Orden y control político constituyeron los puntales del sistema portaliano. Desde esta óptica, la libertad y sus ideas afines, así como los partidos políticos, quedaban fuera del ordenamiento institucional si se consideraba que subvertían la estabilidad.

Aun reconociendo que Portales encabezó efectivamente el golpe de Estado de 1829, el discurso histórico lo visualizó como una figura política capaz de frenar la anarquía y el desorden de las décadas previas, forjando un gobierno centralizado y fuerte cuya misión esencial fue garantizar la seguridad interior del Estado, fracturada después de las guerras de Independencia, la violencia generalizada, las incesantes

¹⁸ Más allá de la infinidad de interpretaciones en torno a Portales desarrolladas durante el siglo XIX, hacemos referencia a algunos textos relativamente recientes, aunque muy distintos en su enfoque, Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Santiago, Editorial Universitaria, 1981; Sergio Villalobos, *Portales. una falsificación histórica*, Santiago, Universitaria, 1989; Bernardino Bravo Lira, ed., *Portales, el hombre y su obra. La consolidación del gobierno civil*, Santiago, Andrés Bello, 1989.

conspiraciones y la inestabilidad política del Chile republicano que nacía. En esta línea, Portales fue visualizado como el artífice de una república presidencialista, autoritaria, unificada y eficiente, simbolizada en un líder de gobierno fuerte, respetable y respetado, superior a los partidos y prestigios personales. La historia ubicó así a Portales como el impulsor de un estilo de conducción política que le dio a Chile orden y tranquilidad institucional a lo largo de todo el siglo XIX, permitiendo que fuese uno de los pocos países latinoamericanos que no cayó (aparentemente) en el caos político. Al mismo tiempo, junto a la mitología del creador de una nación, la historiografía tradicional presentó a Diego Portales como un político serio, adusto, incorruptible y apegado a la ley en un país que, distante de los polos de cultura avanzada, aislado y pobre, convertía a la timidez y sobriedad en virtudes nacionales.

No sorprende entonces que, a pesar de que Portales fuera un decidido adversario de la intromisión de los militares en política, la dictadura que tomó el poder en 1973 haya utilizado su imagen como figura paradigmática para su propia legitimación, enfatizando desde un inicio las afinidades del golpe militar con sucesos del pasado. Desde un comienzo, el régimen militar retomó el “espíritu” portaliano:

La austeridad, la severidad en el gasto y la justicia habían sido incorporados a la Declaración de Principios y abundaban en los discursos, para regocijo del nacionalismo. Pinochet se tomaba en esos días (1974) las fotos oficiales frente a un retrato de Portales; Portales daba el nombre a la sede del gobierno; Portales inspiraba las declaraciones juradas ante notario sobre los bienes de los miembros de la junta.¹⁹

Destruído el Palacio de La Moneda por los bombardeos del 11 de septiembre, Pinochet trasladaba la sede del gobierno a un edificio que había servido en 1971 como sede para la XI Conferencia Internacional de la UCTAD, convirtiendo a ese espacio en símbolo de la memoria portaliana al darle su nombre, con los matices nacionalistas correspondientes. Al inscribir territorialmente a Portales, Augusto Pinochet otorgaba puntos de referencia a grupos y sectores específicos dentro del contexto nacional, reconociendo públicamente su afinidad con el “mítico héroe nacional”.²⁰ Por otra parte, la dictadura se entroncaba directamente con el autoritarismo portaliano recreando el ideal de un gobierno fuerte y eficaz que había restaurado el respeto a la autoridad

¹⁹ Ascanio Cavallo, Manuel Salazar y Oscar Sepúlveda, *La historia oculta del régimen militar*. Santiago, Grijalbo, 1997, p. 57.

²⁰ *Ibid.*

y el orden público como principios políticos fundamentales frente a la anarquía y el caudillismo de la época. Asumiéndose como una figura analógica a la de Portales, y concentrando en sí virtualmente todo el poder,²¹ Augusto Pinochet se presentaba a sí mismo como el “hombre providencial” que salvó a la patria, encarnando una solución restauradora del orden perdido durante el gobierno de la Unidad Popular (1970-73), periodo —a su juicio— de descomposición institucional, vacío intelectual y moral, erosión del derecho y desprecio por las formas jurídicas. Desde esta perspectiva, el golpe de Estado de 1973 realizado por las fuerzas armadas —ejecutor necesario y natural del ideal portaliano— representaba tanto un momento fundacional como un acontecimiento histórico legítimo y necesario, que adquiría pleno sentido al sustituir un gobierno débil e ineficaz por otro fuerte y eficiente. Asimismo, y de manera analógica a Portales, Pinochet tuvo como objetivo provocar una renovación institucional, para lo cual la concepción portaliana —según la cual un gobierno no debe sentirse en absoluto amarrado a las fórmulas constitucionales y legales si su prescindencia fuese necesaria para mantener o conseguir “la seguridad interior del Estado”— fue extremadamente útil. En esta línea, la figura de Portales y su énfasis en el “gobierno fuerte” comenzó a estar presente en los principales manuales de historia publicados durante la dictadura militar, pues

la analogía que proporciona Portales para entender tanto la dictadura como el dictador se convierte, ya en 1980, en una referencia obligada [...] puesto que el Decreto 4002 (que fijaba objetivos, planes y programas de la educación general básica) conduce a distinguir a Diego Portales como el estadista que, en medio del desorden, vio con claridad lo que debía hacerse en Chile por consolidar un gobierno firme que fuera impersonal, respetable y respetado [...] logrando unir a lo bandos opuestos [...] en torno a un Ejecutivo fuerte.²²

En esta misma línea, y a partir de la urgencia ideológica de una “purificación ideológica nacional” en la que era imprescindible un combate a fondo contra los partidos de izquierda que habían dado

²¹ “Como presidente, Pinochet gobernaba y administraba por sí solo el país, nombraba y removía a su arbitrio los ministros; conducía, asimismo por sí solo, las relaciones exteriores, nombraba los intendentes, los gobernadores y los alcaldes”. Gonzalo Vial, *Pinochet la biografía*, Santiago. Aguilar Chilena de Ediciones. 2002, p. 225.

²² Alfredo Joignant, “Historia, memoria y ciudadanía. Las figuras imaginarias del ciudadano y de sus prácticas”, en Raquel Olea y Olga Grau, comps., *l’oliver a la memoria*, Santiago. LOM, 2001, p. 115.

señas de preparación militar y vocación de resistencia,²³ la dictadura retomó para sus fines represivos la distinción portaliana entre los “enemigos”—monstruos de la anarquía, perversos, ladrones, asesinos etc.—, a quienes debían estar destinadas las medidas enérgicas, y los hombres de orden, “de juicio y que piensan”, quienes cumplían con los requisitos que él exigía para el correcto funcionamiento del gobierno. A lo anterior cabe agregar la identificación de Pinochet con los intereses supremos del Estado y de Chile, y la eliminación del sistema de partidos—junto con los sindicatos y otras organizaciones sociales—²⁴ a fin de desmovilizar a la sociedad y crear un tipo de ciudadano pasivo cuya relación con el gobierno fuese homóloga a la del sujeto respecto a la del monarca, recuperando el principio portaliano de “respeto a la autoridad y el orden públicos”.

Ciertamente, aunque el régimen de Pinochet se identificó siempre con la “mano de hierro” portaliana, es indudable que su figura “no corresponde a la versión patronal tradicional [de Portales ...] porque se trata de un ejercicio demasiado brutal, abusivo, que no tolera equilibrios y no está fundado en ese escepticismo de corte romántico que es capaz de desapegarse del poder, dejarlo a un lado por último, por cansancio, desidia, cálculo, generosidad o nobleza”.²⁵ Por otra parte, no hay que olvidar que la imagen de Portales dejó de ser útil con la imposición de un orden económico neoliberal, que aunque corrió de manera paralela a la imposición de una nueva Constitución, se apartaba de la concepción portaliana fundamental del Estado. Sin embargo, es indudable que, para el régimen militar chileno, rescatar el “espíritu portaliano” tuvo una función ideológica, social y cultural preeminente: reforzar sentimientos de pertenencia nacional y mantener la cohesión social. Una vez más la historia adquiría un uso político como creadora de identidad, al poner el acento en las gestas y realizaciones comunes.

Ciertamente, en ninguna sociedad existen verdades históricas ni memorias unívocas, y en procesos de transición y apertura política nuevos actores sociales y políticos estructuran distintos relatos del pasado.²⁶ En América Latina, el problema de cómo encarar las cuentas

²³ Cavallo, Salazar y Sepúlveda, *La historia oculta del régimen militar* [n. 19].

²⁴ Ricardo Yocelvezky, *Chile: partidos políticos, democracia y dictadura. 1970-1990*. Santiago. Fondo de Cultura Económica, 2002.

²⁵ Alfredo Jocelyn-Holt Letelier, *El Chile perplejo del avanzar sin transar al transar sin parar*. Santiago. Planeta, 1998. p. 168.

²⁶ “Los momentos de cambio de régimen político, los periodos de transición, crean un escenario de confrontación entre actores con experiencias y expectativas políticas diferentes, generalmente contrapuestas”. Jelin, *Los trabajos de la memoria* [n. 14], p. 45.

con el pasado se convirtió en el eje de disputas entre estrategias políticas diversas, dependiendo de los diferentes contextos sociopolíticos. En Chile, el proceso de transición fue un acuerdo pactado: las Fuerzas Armadas reconocían la vigencia de un régimen democrático y los partidos políticos reconocían el marco político-legal establecido por la Constitución de 1980. Una de las tareas fundamentales de los gobiernos democráticos fue, por lo tanto, realizar reformas negociadas y graduales que no lesionaran los intereses de las partes.

En esta línea, para el proceso de transición democrática la única vía de reconciliación consistió en olvidar lo que dificultaba el reencuentro social y político, neutralizando los antagonismos y buscando acuerdos que impidieran reeditar los choques ideológicos que habían escindido al país en el pasado. En el horizonte de la transición política chilena, las redes de recuperación del consenso excluyeron el problema de la memoria, la cual fue diluida para dejar fuera la carga emotiva del recuerdo. El consenso se convirtió, así, “en la etapa superior del olvido”²⁷ y el país confió su futuro a la fuerza del “no recuerdo”. Es cierto que la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, creada por orden del presidente Patricio Aylwyn en 1990, logró documentar numerosos casos de asesinatos y desapariciones ocurridos entre 1973 y 1990. Sin embargo, la existencia de restricciones de tipo jurídico y normativo establecidas en tiempos de la dictadura actuaron como escudo protector de las Fuerzas Armadas. “Mirar hacia adelante” se tradujo en “dejar el pasado atrás”. El escenario político golpeó la memoria y el olvido dejó sin historia a muertos, torturados y desaparecidos. El consenso restó sentido al pasado y la democracia se construyó en base al silencio.²⁸ La memoria prohibida se convirtió en condición necesaria para la gobernabilidad. Sin embargo, a nuestro juicio, existieron dos vías a través de las cuales se retomó la discusión sobre el pasado reciente, y también sobre el no tan reciente. Por una parte, la historiografía desarrollada en el país desde mediados de la década de los ochenta —en el marco de un relativo proceso de liberación intelectual— asumió que los problemas del pasado eran problemas del presente y desarrolló, desde esta premisa, una función crítica para influir en la sociedad y la política.²⁹ Por la otra, una vasta narrativa se convirtió,

²⁷ Tomás Moulian, *Chile actual. anatomía de un mito*. Santiago. LOM. 1998. p. 37.

²⁸ Véase al respecto, por ejemplo, Richard, *Residuos y metáforas* [n. 17].

²⁹ “La historia no sólo sirve para aplaudir (o para celebrar), sino también para interpelar. No puede renunciar a su vocación crítica”. Pinto, “La memoria como creación o división de identidad” [n. 15], p. 33.

a su vez, en un mirador —o más bien, en una multiplicidad de miradores— desde donde releer al país.³⁰

Ciertamente, el nuevo debate historiográfico no pudo permanecer ajeno a la figura de Diego Portales. Quizá el ejemplo más interesante, aunque no el único, sea el ensayo de Alfredo Jocelyn-Holt Letelier³¹ el cual reinterpreta a Diego Portales a la luz de varias interrogantes realmente provocativas para el discurso historiográfico tradicional: ¿es acaso válido el principio que asegura que Chile ha sido un país de instituciones sólidas, estable y tranquilo? ¿Por qué este país, considerado un caso exitoso de orden, tuvo en épocas recientes un estallido político de tal violencia?

La hipótesis de Jocelyn-Holt es que si bien en Chile ha existido el orden, éste ha sido sólo parcial e incapaz de acabar con el desorden potencial, siempre latente.³² En otras palabras, el autor propone que la solidez, uno de los mitos políticos centrales en el imaginario simbólico chileno, es bastante más precario de lo que se supone, aunque no por esto menos brutal y eficiente (de lo cual se asume, implícitamente, que Chile sería un país proclive al autoritarismo, incluso en el siglo xx). En esta línea, Jocelyn-Holt reinterpreta la figura de Portales a partir del cuestionamiento del papel que la historiografía oficial le atribuye: haber creado la estabilidad excepcional en Chile, forjando un país caracterizado por un orden institucional o estatal organizado tempranamente gracias a un Estado fuerte. Si la obsesión por Portales denota la obsesión de los historiadores por el problema del orden y del Estado³³ Jocelyn-Holt sostiene que es incorrecto afirmar que el Estado ha sido el eje articulador del orden político en Chile y que como tal pudo garantizar la coexistencia pacífica o moldear la sociedad a su antojo mediante políticas públicas. A su juicio, en Chile —una sociedad tradicional, de corte rural, sustentada sobre la base de un orden señorial y jerárquico, y con una población muy sumisa— habría existido una clase dirigente tradicional pragmática, abierta a los cambios y que sabía identificar los intereses del país con los suyos, la cual consolidó la estructura política del país mucho antes que el Estado contara con

³⁰ Véase al respecto Gilda Waldman M., "Memoria y política: consideraciones en torno a la nueva narrativa chilena". *Hispanérica*, núm. 87, año xxix (diciembre 2000).

³¹ Alfredo Jocelyn-Holt Letelier, *El peso de la noche: nuestra frágil fortaleza histórica*. Santiago, Planeta, 1997.

³² "Orden a cambio de aceptar el predominio de la fuerza; orden basado solamente en el poder, o lo que es lo mismo, orden fundado en un desorden que rehúsa decir su nombre", *ibid.*, p. 214

³³ "La historia de Chile es la historia de su autoritarismo institucional. Chile no tiene otra historia que la de su Estado, sea este portaliano o antiportaliano", *ibid.*, p. 129.

suficientes recursos para imponer las reglas del juego. A diferencia de la historiografía tradicional, que ve en Portales al “cerebro” del modelo estatal centralizado —alejado de posiciones partidarias, autoritario, impersonal e institucionalmente consolidado— Jocelyn-Holt destaca que fue un personaje menos protagónico de lo que se suele pensar. En sus palabras:

Portales es un intuitivo radicalmente escéptico frente al poder, lo que no le impide actuar una vez en el poder [...] La suya es una personalidad fuerte, que asume sin tapujos el mundo. En efecto, le resulta natural mandar [...] pero, curiosamente, ello no lo inclina a ufanarse ni a encandilarse con el poder, lo cual lo vuelve tan diestro en hacerse con él como en desprenderse del mismo.³⁴

Y agrega, enfatizando el escepticismo de Portales frente al poder y su pragmatismo: “El ministro se introduce en la historia política chilena para resolver un problema coyuntural: el problema de la autoridad”.³⁵ Más aun: a juicio de Jocelyn-Holt, en última instancia, “su incursión en la política fue siempre concebida por él mismo como meramente coyuntural. Sus intereses fueron siempre y ante todo comerciales”.³⁶ Y concluye señalando: “Su mentalidad es liberal, pero los objetivos que persigue desde el gobierno son autoritarios [...] El sistema portaliano no existe. Estamos frente a una situación coyuntural y no proyectual”.³⁷ Finalmente, argumenta Jocelyn-Holt, el orden político —que la historiografía atribuye a Portales— reposaba en lo que Portales mismo denominó “el peso de la noche”, es decir, la inercia de las masas, que permitió la persistencia del orden social tradicional y junto con él el predominio de la élite dirigente. En otras palabras, fueron la élite y el orden tradicional, y no el Estado administrativo, la principal fuente de estabilidad política y social. Es decir, el orden institucional se aseguró por la sumisión fáctica y la falta de espíritu crítico de las masas y no por un ordenamiento legal institucional, que ni siquiera el régimen de gobierno portaliano logró consolidar, pues Portales fue asesinado, e incluso a mediados del siglo XIX el país estuvo sometido a regímenes de emergencia y estallaron al menos dos guerras civiles menores.

Pero no sólo los historiadores se involucraron con la hasta hace poco intocable figura de Diego Portales. También lo hizo la literatura. . .

³⁴ *Ibid.*, p. 115.

³⁵ *Ibid.*, pp. 132-133.

³⁶ *Ibid.*, p. 111.

³⁷ *Ibid.*, p. 133.

La narrativa se ha convertido, así, en un mirador, o más bien, en una multiplicidad de miradores, desde donde el país se lee y se propone imaginativamente a sí mismo:

La textualidad narrativa, sin desligarse de preocupaciones sociales, políticas y culturales, constituyó “otra” mirada a la realidad, orientada a descubrir lo invisible, fisurar la lengua de la impostura hablada por la verdad oficial, explorar la historia residual de las figuras postergadas y rehabilitar la palabra como espacio de fuerzas divergentes y plurales. En esta línea, la nueva narrativa chilena, al develar los quiebres de la memoria, buscaba darle su verdadero sentido a la historia, salvándola de la pretendida objetividad de los hechos de archivo.

En 1998 Jorge Guzmán —novelista, profesor de literatura clásica española, docente universitario y ensayista— publicaba *La ley del gallinero*,³⁸ una compleja y ambiciosa obra de ficción en la que en más de 400 páginas el autor desplegaba recursos y habilidades para ofrecer una imagen más bien ambigua de Portales, poniendo a prueba las “verdades recibidas” de los anales históricos que describían al Ministro Portales como un ser probo, recto, de vida intachable etcétera.

Desde el primer párrafo, el relato abre de inmediato los resquemores y aprehensiones que despertaba Portales entre sus conciudadanos. La narración comienza presentando al juez de Puerto Paraíso, don José Álvarez, quien despierta con el fin de observar el cadáver de Portales, asesinado algunas horas antes:

Cuando vinieron a buscarlo, al amanecer, el juez de Puerto Paraíso don José Álvarez estaba a punto de dormirse. Tenía una montaña de sueño acumulado en tres noches de casi total desvelo. El sábado lo había mantenido insomne la muy alarmante noticia de que el coronel Vidaurre y un grupo de oficiales de Sur habían sublevado a su regimiento y aprisionado al hombre más poderoso de todo el país, el Ministro Portales. El suceso hizo caer sobre las callejas de Puerto una suerte de gran silencio, por encima del cual sonaban, trivializados, los ruidos de siempre. Las gentes se veían cambiadas. Absortos, unos. Otros desafiantes. Unos pocos, furiosos. [Pero] las consecuencias de la muerte del Ministro iban a ser enormes [...] se percibía muy claro la enorme carga que había adquirido la figura de Portales con su asesinato. [Era] difícil establecerse en este panorama nacional donde faltaba la figura del Ministro [...] Verdaderamente, muy al fondo de su conciencia, no estaba en contra de quitarle el poder definitivamente a don Diego Portales. Pero nunca se le hubiera ocurrido pensar en su muerte. [Incluso] siete años

³⁸ Jorge Guzmán, *La ley del gallinero*, Santiago, Sudamericana, 1998.

antes, Álvarez había visto con enorme esperanza la revolución conservadora de Portales. Y de alguna manera, todavía lo consideraba un gran político, un hombre público de la rara especie de los que no quieren el poder para medrar, sino para servir. Si mantenía una idea equivocada del servicio, eso no era todavía un asunto moral, nadie ignoraba que los siete años de dominación casi absoluta sobre el país en vez de hacerlo más rico, lo tenía en la ruina. Sin embargo, lo que el juez había visto en siete años le daba la seguridad de que si no lograban derrocarlo, iba a convertirse en un tirano espantoso [...] Pero también temía mucho a la derrota de Portales. Odios enormes habían juntado los liberales contra su gobierno conservador que por siete años los afligió con penurias económicas humillantes, con el hambre en sus familias, con destierros, con prisiones, con arrogancias inaguantables [...] Ese asesinato era repugnante, pero había librado al país de la tiranía de Portales, y al mismo Portales, de convertirse en un dictador sangriento más. [Ahora] frente al cadáver, sólo permanecían sus grandes acciones políticas, las buenas y las malas, mientras que lo demás, su arrogancia, su aplebeyamiento, su libertinaje, estaba también presente, pero tarjado, sin lugar donde ubicarlo.³⁹

Paulatinamente, la narración —rebasando todas las interpretaciones que no logran captar en plenitud al complejo personaje, aun con toda su riqueza conceptual e interpretativa— va develando que Portales cumplía con pocas de las características que se han definido como portalianas: mesura, impersonalidad en el ejercicio del poder, apego a la legalidad, incorruptibilidad, sobria seriedad, madurez, introversión, honestidad, sólidos principios morales etc. La novela presenta, poco a poco, a un

comerciante disoluto, que se las daba de moralista público [...] hijo de padres pobres que despreciaba a los que no tenían propiedades [...] fundador de un diario de insultos y canalladas [...] hombre de ambigüedades y contradicciones [que] no era de fiar. Mala persona. Todo lo que hacía era para conseguir poder y dinero [...] Hombre muy raro Portales. Le brillaban hasta los dientes al hablar de riqueza. Pero todos decían que se había arruinado financiando la revolución de los pelucones. Le gustaba el poder como nunca había yo visto gustarle algo a alguien. Pero le molestaba estar sujeto a una posición oficial de poder. Yo lo había oído mentir varias veces. Lo hacía cada vez que le parecía conveniente.⁴⁰

De igual modo, la imagen novelística presenta al “fundador de la República” como un ser carente de muchas virtudes humanas. En su

³⁹ *Ibid.*, pp. 13, 16, 17, 19, 22.

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 250, 348.

propio discurso, el Portales literario se revela al lector como un personaje cruel y desvergonzado, bohemio y egoísta, codicioso y amoroso, ateo recalcitrante pero amigo de los jerarcas de la Iglesia, oportunista y cínico, maquiavélico y despótico, inclinado por naturaleza a emprender negocios pero en los cuales no era particularmente escrupuloso ni exitoso, intrigante y libertino, calavera enamorado que mezclaba sus preocupaciones mercantiles con afanes sentimentales sin perder nunca su frialdad afectiva: a pesar de su larga y tormentosa relación con una aristócrata peruana, Constanza de Nordenflycht, con quien tuvo tres hijos y a la que mantuvo en calidad de concubina sometiéndola a la humillación adicional de instalar un burdel junto a su casa.

La ley del gallinero presenta a un Portales menudo, de corta estatura y voz aguda, “grosero, astuto, audaz, libertino e inteligente”⁴¹ y —en una interesante coincidencia con los planteamientos de Jocelyn-Holt en el ensayo mencionado previamente— carente de criterios político-ideológicos definidos e inclinado a un ejercicio pragmático del mando:

¿Sabe, don Josué? Creo que tenemos que derrocar al gobierno —dijo de sopetón. Lo más pronto que podamos —siguió Portales. Cueste lo que cueste. Incluso sangre. Si no lo hacemos ahora, Pinto y sus amigos van a destruir lo que poco que queda del país [...] Lo que estoy preguntando, en suma, es si aprueba usted la idea de derrocar al gobierno [...] Hay que reconstruir la autoridad [...] la revolución se acabó [...] no se puede seguir en revolución permanente. Ahora viene la organización, y sin los hacendados, los propietarios, la gente seria, los curas buenos, no hay organización.⁴²

En esta misma línea de coincidencia con el reciente discurso historiográfico, que ya había comenzado a mirar con una óptica distinta a Portales, Guzmán considera que es un personaje que no representa a ningún grupo político o social especial, sino que se inserta en política no para resguardar los intereses de la clase aristocrática sino para participar en el gobierno cuando el desorden atenta contra la libertad de comercio, insistiendo en colocarse por sobre los grupos partidarios o clasistas en pugna a través de la invocación constante a “la razón de Estado” sin una necesaria observancia del Estado de derecho.

Pero al mismo tiempo que reconstruye parte de la historia de Chile entre 1820 y 1840, *La ley del gallinero* constituye una pintura de la

⁴¹ *Ibid.*, p. 324

⁴² *Ibid.*, pp. 195-196

vida social de un país rústico —quizá el más pobre de América Latina, pues no producía gran cantidad de metales preciosos, ni alimentos o productos tropicales como azúcar, cacao, tabaco o caucho, de alta demanda en Europa, que vivía en precarias condiciones y en el que incluso las familias más pudientes habitaban casas en las que combinaban algunos muebles, alfombras y trajes europeos con el piso de tierra apisonada, muros de adobe y techos con vigas de canelo u otros árboles autóctonos. En un gigantesco friso en el que aparecen numerosos personajes de las distintas esferas políticas, económicas y culturales —entre los que Portales es uno más, aunque siempre omnipresente— Guzmán ofrece la gigantesca polifonía discursiva de quienes asistieron —de lejos o de cerca, en la trastienda o en primera fila, en la privacidad doméstica o en el campo de batalla— a los sucesos que culminaron con la instauración de lo que se denominó la “república conservadora” a partir de la década de 1830.

Pero, de manera paralela a la renovación teórica y conceptual de la historiografía, dejando atrás las “grandes estructuras” para concentrarse en la actuación de los sujetos afectados por el cambio, *La ley del gallinero* da cuenta de los perfiles y las voces anónimas del Chile que nacía, enunciando la multiplicidad de verdades posibles en el curso de la historia nacional, y la heterogeneidad de signos contrapuestos con un discurso central y único. A través de una sucesión de narraciones fragmentadas, pequeños relatos de vida, historias locales, testimonios y relato de la experiencia cotidiana, la novela se vuelve un espacio de reconstrucción de la historia cultural de los sectores populares y rurales de la época, transformados en una masa de vagabundos o campesinos pobres que recorrían el territorio sin un lugar fijo para asentarse, y para quienes las relaciones afectivas eran esporádicas y en forma de concubinato o amancebamientos temporales. La multiplicidad de estas voces —excluidas de la historiografía tradicional en tanto expresión de una sociedad que no permitía la entrada de mestizos al engranaje social—⁴³ convierte a la novela en “otra” forma de hacer historia, que, de manera fragmentaria y polivalente, persigue las huellas dispersas de una verdad que se oculta, buscando en el interior de sucesos particulares el devenir zigzagueante de una historia congelada y abstracta.

En el rescate de la memoria de quienes no figuran en el panteón nacional, la nueva historiografía ha desplazado su mirada hacia las figuras femeninas. De igual forma, la nueva novela histórica chilena también ha

⁴³ Véase al respecto el iluminador estudio de Sonia Montecinos, *Madres y huachos alegorías del mestizaje chileno*, Santiago, Sudamericana, 1996.

hecho visible la fuerza del mundo femenino —mudo, ausente o tergiversado en las “grandes narrativas históricas”— en una sociedad como la chilena donde, al igual que el resto de Latinoamérica, desde los tiempos de la Conquista la presencia de la madre —indígena— dejó hondas huellas en una estructura social y familiar caracterizada por la ausencia del padre —español— y la ilegitimidad de sus hijos.⁴⁴

En esta línea, la novela de la escritora chilena Marta Blanco, *La emperrada*,⁴⁵ se interna en la vida oculta de Portales a través de la mirada y la voz de quien fuera su amante durante más de una década, Constanza de Nordenflycht, cuya propia existencia modifica la imagen de austeridad de un hombre intachable y de conservadora corrección, y cuya omisión en la historia nacional siembra sospechas sobre la construcción del discurso histórico y permite examinar críticamente su legitimidad.

Hija de un barón de origen polaco que, tras la muerte de su padre, llega a Chile procedente de Lima, Constanza a la muerte de su madre permanece en el país a cargo de una tía, quien le niega acceso a sus bienes heredados. A los 18 años conoce a Portales, con quien vive una apasionada y conflictiva relación de concubinato de la que nacen tres hijos, de los que Portales jamás se hace cargo. Reducida por la historia a una sombra imperceptible cuya figura quedó envuelta en el misterio y perdida en el tiempo, permanentemente vetada por haber sido un personaje conflictivo en la vida de Portales en aquellas tormentas de amores y desamores, Constanza de Nordenflycht reconstruye en *La emperrada* la vida oculta de Portales, a través de las palabras que profiere apenas conocida su muerte. Inserta en un ámbito de intimidad, la narración/testimonio se vuelve paulatinamente el lente poético de una memoria que recuerda acontecimientos que la historia jamás relató, despreocupada de la “verdad histórica” registrada en los documentos, siguiendo los pasos de quienes no eran parte de la sacralidad pública. Desde la figura ausente de Portales, el relato rastrea las difusas señales de relatos entrecortados, vocabularios incompletos y acontecimientos olvidados, incorporando en la narrativa histórica la dimensión fracturada y convulsa de la biografía del personaje más allá de la lógica del documento o la reificación del pasado en un bloque conmemorativo sin fisuras.

A través de murmullos y susurros silenciados, las palabras de *La Emperrada* —sobrenombre que Portales le daba a Constanza—

⁴⁴ *Ibid*

⁴⁵ Marta Blanco, *La emperrada*, Santiago, Alfaguara, 2001.

desmenuzan la imagen del héroe, sumergiéndose en los territorios donde el silencio de la historia se impuso. La mujer que mejor lo conoció (“Yo conocí tu corazón amaestrado en la impaciencia, melancólico hasta el vértigo, turbulento y solitario”)⁴⁶ revela a un Portales no sólo mujeriego y bohemio sino también autoritario e intrigante (“Esa inclinación despótica que te afloró con el gobierno, Diego. Del Presidente para abajo tenían que obedecerte sin dilación [...] Organizo la república, ordeno a los boludos, limpio este gallinero y echo a andar la máquina, decías”).⁴⁷ Constanza —el fantasma que siempre estuvo allí pero que ni el país ni los historiadores quisieron ver y que quizá porello fue quien sufrió con mayor severidad el olvido de la historia— reclama su reconocimiento en un lenguaje de lucidez casi enloquecida, que muestra las contradicciones de la sacralización portaliana: “Serás un ministro de mármol de Carrara o de bronce, de fierro fundido, de pie en todas las plazas de Chile cagado de palomas”.

La litografía borrosa de Constanza hace público lo privado en un relato que cobra dimensión política a través de una memoria resignificada en el dolor y sufrimiento corporeizados en el cuerpo femenino. Constanza narra al “Otro” (Portales) relativizando de un plumazo la historia dominante a través de un testimonio que no podría aparecer en documentos públicos ni en los testimonios judiciales, pues su relato no está ligado a la prueba jurídica, fáctica, fría, precisa. Esta mujer —herida al borde de la agonía que la llevará a la muerte en circunstancias extrañas y jamás aclaradas a los pocos días del asesinato del Ministro— hace visible lo invisible tejiendo el hilo fragmentario de su propia narrativa al dar voz a quien no la tiene en un relato oral que se recorta sobre una polifonía coral que llena todos los espacios de la novela para crear, al mismo tiempo, la imagen abigarrada, colorida, paradójica y confusa de un país que aún no logra delinear el perfil de su futura identidad. La novela no se enfoca sólo en Portales, “el creador de la República”, sino en la “plaza pública” que, en lenguaje coloquial también atrapa la memoria huidiza mediante chismes y confesiones para desnudar el mito y desmitificar a la historia. En un relato desordenado y fragmentado que recupera lo minúsculo y lo fragmentario, lo trivial y concreto, la voz coral (“*Dicen, por ahí*”), presenta al Portales lujurioso, eximio bailarín de zamacueca, asiduo a burdeles, escéptico y cínico, intruso, excéntrico y arrogante, expresando el descrédito de los héroes de la nación que,

⁴⁶ *Ibid.*, p. 23.

⁴⁷ *Ibid.*, pp. 24-25.

después de 17 años de dictadura y en el entorno de la creciente debilidad del Estado-nación, perderían su carácter emblemático.

En las páginas finales de su biografía sobre Pinochet, Gonzalo Vial describe su ocaso y se pregunta:

Al hacer el balance de su invierno, ¿qué pensará Augusto Pinochet? [...] Es muy posible [...] que sus voces interiores le manifiesten, como elemento central de aquel pasivo, la terrible dureza de la represión que presidió. Que lo asalte la angustia, al evocarla [...] ¿Qué responsabilidad tuvo —de verdad— por esos hechos, se preguntará quizá, ansiosamente. ¿Ninguna? ¿Los ordenó, aunque fuese de una manera indirecto o solapada? ¿Los autorizó, aunque fuese de una manera indirecta o solapada? [...] (Recordando a Portales) ¿rememoraría don Diego (en el momento previo a su muerte) sus consejos de guerra permanentes, de procedimiento sumarisimo [...] y que a una solicitud de clemencia, él, Portales había respondido con la frase famosa y terrible: “Si mi padre hiciera revoluciones, a mi padre fusilaría”.⁴⁸

El fantasma de la dictadura y la sombra de Pinochet siguen siendo una espina clavada en el corazón del sistema político chileno. La necesidad de saldar cuentas con el pasado aparece, reiteradamente, en los movimientos de derechos humanos y en los reclamos por justicia de la Agrupación de detenidos-desaparecidos, así como en la reiterada aparición de novelas históricas que, si bien plantean diversos temas de discusión (¿Es la novela una “historia posible” frente a la “historia probable” del historiador? ¿Cuáles son los paralelismos y los límites claros en cada narrativa? ¿Es la novela “interpretación” o “mentira”?) se insertan en el reencuentro de Chile con su historia y, quizá lo más importante, abren de nueva cuenta el debate por el derecho a la memoria en un país que parece ser, lamentablemente, desmemoriado.

⁴⁸ Vial, *Pinochet: la biografía* [n. 21], p. 734.